

# UNA CAJA DE ZAPATOS.

Yakatza

Image not found.

## Capítulo 1

### UNA CAJA DE ZAPATOS.

Fueron los vecinos quienes alertaron al administrador. Algo sucedía allí o todo lo contrario... no sucedía absolutamente nada, pues hacía semanas que no se cruzaba ninguno de ellos con la señora Muriel en la escalera y les pareció extraño; algún vecino tenía una vaga idea de la existencia de familiares indirectos, quizá sí tenían algún número de teléfono donde avisarles. Así se lo expusieron a los dos policías, mientras los bomberos realizaban la apertura de la puerta del piso de la Señora Muriel y así, se comprometieron contactar con tales familiares.

Marta descolgó el teléfono esa tarde de invierno. Una voz masculina, desconocida y solemne pronunció con un tono interrogante su nombre; le informó breve y seriamente de lo sucedido. Le preguntó si mantenía alguna relación con la Señora Muriel Vázquez y si existía la posibilidad de que se personara en el domicilio, ya que por los datos recavados el departamento tenía constancia de que ella era una sobrina indirecta y no consiguieron hallar más familia.

La tía Muriel.

Marta sí recuerda tía Muriel; muchos años atrás, alguna tarde sí fue a visitarla con mamá pero pocas veces. Siendo niña, aquella casa, aquel piso... Su memoria rememora que ese lugar le suponía una sensación algo extraña. Tía Muriel era alta y muy delgada, con un moño desaliñado, canoso, llevaba gafas y siempre una bata oscura. Les ofrecía galletas que tenía en un armario del salón y dos tazas de café con leche o un par de naranjadas. Mientras bebíamos y como siempre, les hablaba con lentitud en un tono muy bajo de la vida, de personas, tristezas, de la rapidez los años. Hablaba de épocas muy antiguas, de personas desconocidas, de amores que desaparecieron, de historias complicadas, indescifrables. Marta no entendía demasiado lo que como una letanía su voz apagada les explicaba, así que se limitaba a escuchar algo enfurruñada con mirada extraviada, esperando que pasara veloz el rato para salir a jugar.

Cuando acudían a verla, tía Muriel siempre estaba sola aunque a veces aparecía un gato en el salón, que se delataba a su paso gracias al cascabel que llevaba en el collar alrededor del cuello, que miraba a las visitas con atención, con unos enormes ojos abiertos y verdes pero sin ninguna intención de acercarse. La estancia siempre estaba oscura ya fuera invierno o verano; las cortinas espesas que colgaban de las ventanas y del balcón dejaban traspasar apenas la claridad exterior. La temperatura era o muy gélida o muy cálida. El salón tenía dos armarios con jarrones de porcelana blancos expuestos en la parte superior o, gracias al polvo, tenían tonos más grises que blancos. Y en un rincón de

aquella habitación en una mesa camilla, habían varios marcos amontonados con fotografías. El olor de aquella casa era peculiar, tan característico de allí; Marta no lo apreciaba en ningún otro lugar además, no acababa de agradecerle y se sentía un poco incómoda allí.

Afortunadamente, la visita duraba aproximadamente un par de horas; un parque estaba cerca y Marta quería salir ya a jugar. No le gustaba ir a esa casa y mamá lo sabía muy bien; la excusa del parque era estupendo para que la niña la acompañara, sonríe ahora Marta mientras repara en ello.

En casa, la familia apenas mencionaba a tía Muriel sino fuera al retomar algún recuerdo familiar olvidado o en ocasión de algún acontecimiento especial de algún allegado. Tía Muriel residía en la misma ciudad pero en un barrio muy alejado, así que Marta en los años la conservó en su memoria como aquella tía solitaria que vivía tan lejos, que tenía un gato poco simpático y un vivir un poco aburrido.

Ante la noticia de que habían hallado su cadáver una vez los bomberos abrieron la puerta y penetraron en la vivienda e identificaron a la mujer fallecida, por requerimiento expreso, Marta acudió. Tuvo que hacer un hueco en sus ocupaciones con cierta dificultad para introducirse en aquel mundo tan singular, desconocido y al cabo de tantos años.

Los bomberos hallaron el cuerpo sin vida de tía Muriel en medio del salón, en el suelo, según indicaron los agentes a Marta. Lo encontraron dispuesto en una postura de forma que parecía haberse agarrado al mantel que cubría la mesa camilla del rincón, donde estaban las fotografías ya que su cuerpo apareció medio cubierto por ese y por lo que, posiblemente en un movimiento posterior involuntario, se lo llevaría arrastrando a la par que caía al suelo.

El forense que certificó el óbito tuvo claro desde un comienzo de que se trató de un infarto que le produjo una muerte inmediata estando sola.

Marta se vio obligada a hacerse cargo de las gestiones así como del entierro al no haber familia más próxima. Comprobación de documentación, pólizas, seguros, estado y cancelación de cuentas bancarias, estado de los suministros de la casa, petición de últimas voluntades, posibles testamentos; desalojo de la vivienda.

Esta tarde, Marta, ha terminado pronto su trabajo en el despacho y aprovecha a pasar por el piso de tía Muriel para seguir revisando enseres que tendrán que retirarse. Al abrir la puerta de la vivienda, a Marta le envuelve de nuevo ese peculiar olor rancio, trasnochado, pesado y con él los recuerdos de esas tardes aburridas con café de cafetera, un poco de leche recuperada de la nevera, galletas guardadas para pocas visitas y de

un desconfiado gato mirándola desde una esquina con suspicacia.

Abriendo los interruptores de la luz, recorre el piso. En las tres habitaciones hay camas cubiertas con colchas de ganchillo y cojines a juego, perfectamente colocados. En resumen: descolgar cortinas, abrir vitrinas, retirar cuadros, figuras, vaciar armarios llenos a rebosar; desempolvar libros de una librería y de varios estantes, que parecían no haberse leído jamás por el polvo que los cubría, retirar los marcos desvencijados con fotografías antiguas, pretéritas. Hay trabajo que hacer aquí para vaciar el piso, resopla. Marta ya ha contratado a alguien dispuesto para ayudarle en el desalojo a precio asequible. Pero esta tarde ha ido sola.

Elige revisar la habitación de tía Muriel, la cómoda con cuatro cajones, por empezar por algún lugar. De los cuatro cajones que componen la pieza y sin detenerse en la elección, abre el inferior que no levanta ninguna sospecha.

Empieza a retirar prendas, dobladas meticulosamente; las deja encima de la cama con cuidado. Camisetas blancas algunas amarillentas, medias y calcetines doblados con mimo, una pastilla de jabón de lavanda, unas tijeras. Algunas de las prendas parecen no haberse estrenado jamás. Y en la parte de posterior del cajón encuentra una caja de zapatos, envuelta perfectamente en papel de periódico y con cinta adhesiva. Marta se sorprende del hallazgo.

Curiosa, quita la cinta adhesiva y retira el papel de periódico. Una caja repleta de cartas. Quién sabe si olvidadas, o tal vez no. Esta tarde tiene tiempo y comienza a leerlas. Acomodándose sobre la alfombra, toma la primera carta del montón, la desdobra de los dos pliegues y la estira convenientemente entre sus manos. Conforme avanza en la lectura, abre más los ojos y su interés es mayor. Jamás se interesó por tía Muriel; para ella siempre había sido una perfecta desconocida y es posible que nadie en la familia tuviera demasiada intención ni interés en que la conociera mejor. Ese atisbo de conocimiento no llega hasta hoy y como dice el refrán, más vale tarde.

El remitente de las cartas es un tal Manuel Díaz Hermosilla.

La primera carta ya es muy hermosa, preludio de un amor vertido en cuarenta y nueve a cartas más, preciosas, contenidas en aquella caja de cartón, dispuestas una encima de la otra, ordenadas por orden de llegada, escritas con pluma, en una caligrafía muy firme y limpia.

Cincuenta cartas tan hermosas y tan difíciles.

Manuel, conoció en Barcelona a Muriel, su tía. La enamoró. Se enamoraron; juntos conocieron el amor y el sexo, la amistad, la entrega,

el pensamiento, las ideas, el cariño, la afinidad, la ternura. La complicidad, las ideas, las confidencias, mientras Manuel permaneció en la ciudad; tenían veinticinco años. Una correspondencia que por la fecha de cada misiva se había mantenido durante unos meses; las cartas provenían desde diversos pueblos, enclaves y poblaciones cercanos a la Barcelona.

Manuel y Muriel coincidieron en el cumpleaños de una amiga común. No hacía muchos meses que había terminado la Guerra Civil; Barcelona se adaptaba con dificultad a la nueva realidad, a la nueva situación política. La ciudad y sus gentes desbaratadas, fracturadas por la terrible y desafortunada contienda, querían respirar, salir a flote aunque aún quedaría tanto tiempo para ello. La ocupación por parte de los sublevados extendía su presencia con una normalidad tan extraña que para los ciudadanos no pasaba desapercibida esa sensación de rareza, con sus complicaciones e inconvenientes, y así sucedían los días con una normalidad inexistente que procuraban acatar el estrenado escenario con una naturalidad fingida que llevaría años paliar.

Tanto Manuel, Muriel, la amiga común, la mayoría del resto de asistentes aquel día, tenían conexión con la CNT, la FAI, el POUM, las Juventudes Libertarias. Fue una celebración discreta; aunque más que celebración se trataba de una reunión y que trataron de disfrazarla con alegría, festividad para terceras personas ajenas, como tantas otras que organizaban, en diferentes hogares y con disimulo. Algunos de los amigos presentes allí estuvieron envueltos en los hechos acontecidos en Barcelona, los terribles sucesos de mayo de 1937 en el desalojo de Anarquistas en el asalto al edificio de Telefónica, en la Plaça Catalunya.

Ya nada estaba yendo bien, conversaban y maldecían entre ellos; absolutamente nada, todos los presentes lo sabían y sin embargo, aquellos hombres y mujeres jóvenes, también ellos dos, Muriel y Manuel se resistían a perder la esperanza, a pesar de la ocupación de los sublevados. Y ella como podía también colaboraba para que no se perdiera ese fino hilo definitivamente.

Se acercaba la visita del líder de las SS, Heinrich Himmler, en octubre a la Ciudad Condal. Transcurría 1940. Las JJLL se estaban organizando junto a otros grupos populares ácratas para acabar con él. Manuel formaría parte activa de la acción que estaban preparando; consiguieron horas lo más exactas posible; llegada y partida, lugares de visitas, lugares de paso del séquito. Armas. Se había programado un desfile público y un recital de bailes regionales en el Pueblo Español en honor de la visita de tal malvada autoridad. La Ciudad Condal se vestiría de gala para su recibimiento y la ciudadanía estaba llamada a hacer los honores de su llegada llenando las calles que recorrería el militar, fuertemente escoltado y saludando victorioso desde un automóvil. El día del cumpleaños, ya se habían hecho con aún más detalles y pormenores de los eventos, posibles movimientos, traslados de Himmler ese día. El encuentro cumpleaños se convocó para

coordinar acciones.

A partir de entonces, de aquel día, nació el amor entre Muriel y Manuel. Y compartieron ideas, planes, información, confidencias, colaboración, ayuda y el miedo, que también sentía Manuel; le poseía más el miedo conforme se acercaba aquel importante momento; aún así estaba firmemente decidido y sin ninguna duda. Tenían que acabar con él, era *imprescindible*.

Aquella *imprescindible* acción, cómo no, fue fallida. Algunos compañeros y compañeras como consecuencia de los errores cometidos para llevarla a cabo con un éxito que no se dio, fueron apresados, torturados, ejecutados. Otros lograron huir, como Manuel. Los servicios de inteligencia les pisaban los talones; algunos escaparon a sus pesquisas pero otros no corrieron esa suerte. En esa huida desesperada, mientras Manuel pudo enviarle noticias a Muriel, no dejó de hacerlo.

Aquella caja de zapatos precintada y escondida, como un tesoro añejo y ya olvidado definitivamente en aquel cajón indiferente, había conservado por tantos años una historia ignorada y entregada al amor, a las ideas, a la libertad, en cada hoja, en cada párrafo, en cada frase, en cada sílaba, en cada letra.

Ya en la última carta del fondo de la caja, ante la mirada absorta de Marta desde el inicio de la lectura, Manuel de nuevo describe sus escondites, sus refugios, sus calamidades, qué ha comido hoy, sin saber qué comerá mañana ni dónde será su próximo destino tampoco. Duda carta tras carta cada vez más poder volver a verla. Manifiesta que es consciente de lo complicado de su situación y duda tanto de que puedan volver a abrazarse, besarse, tocarse, amarse poco a poco con más insistencia, le duele y lo desea tantísimo. Como despedida una firma casi ilegible y una visionaria posdata:

‘Muriel no me olvides nunca. Te quiero.

Manuel’

Finalizada la lectura, Marta repasa las fechas asegurándose; sí, aquella es la última carta que envió Manuel y que posiblemente recibiría tía Muriel, fechada el quince de febrero de 1941; no había ninguna carta fechada con fecha posterior. Y por un instante, se detiene a intentar pensar en lo que representó en un tiempo todo aquello escrito, en el alma de dos personas enamoradas, reunidas en una idea y abrazadas a una esperanza finalmente frustrada. Se refleja en su rostro un semblante de tristeza; jamás podrá leer las cartas que le escribió ella a él, si lo hizo. La sobrina de Muriel, dobla esta última carta en sus tres partes y la introduce de nuevo en el sobre con dulzura reuniéndola con las demás, en igual orden

y deposita la caja de nuevo en el cajón.

A Marta le gustaría llegar a saber... pero con un hálito de tristeza reconoce que no puede imaginar cómo transcurrió la vida de su tía después. Qué supuso para ella y para su Alma los años siguientes con aquello dentro, el resto de su vida.

A Muriel, jamás nadie la ha visto acompañada de un hombre. Siempre caminaba por la calle sola, y envejeció sólo con la sigilosa compañía de un gato o dos, dejando palidecer con polvo aquel piso sombrío y a medida que pasaban los años, recogándose las canas del pelo en un moño desaliñado y triste. Y esta tarde Marta ha tenido el privilegio de conocer este tesoro tan íntimo y privado; cierto que se siente algo profanadora pero a la vez maravillada al saberse conocedora de dicha historia.

Poco se relacionaba con el vecindario; lo justo, después le diría a Marta algún vecino.

Tía Muriel murió sola con noventa y dos años, en el suelo del salón y con su cuerpo medio cubierto por el mantel de una mesa camilla. Nadie sabrá si consiguió olvidar nunca a Manuel.

Quizá haya tantas vidas que se llevan con ellas una historia sin compartir.

Yakatza. Enero 2018.